

La Lectura Popular



LA HOMEOPATÍA DEL DIABLO

II



El día siguiente de estas escenas era día de San Pedro Apóstol, y se celebraba en casa de Periquillo Sineldoque el santo del amo de la casa.

Los concejales del ayuntamiento de Villaseca vinieron á felicitarle trayéndole algunos regalillos. La gente de pluma aunque sea buena, es gente de miedo y hay que tenerla contenta, pensaban para sus adentros.

El único que no parecía era el alcalde. Pero allá cerca del medio día se le vió venir con una cara que parecía un pan de ocho libras, sonriendo de satisfacción y como diciendo, «ahora me toca á mí»

Debajo del brazo traía un bulto envuelto en papeles de color de rosa.

Cuando llegó, saludó á los secretarios consortes y desliando el paquete, puso al descubierto su regalo.

Eran unas magníficas zapatillas de terciopelo azul, bordadas en oro que valían más de veinte duros.

—Pero, señor alcalde, exclamaron á un tiempo marido y mujer asombrados, ¿usted se burla? ¿Para qué ha hecho usted ese gasto?

—¿Había yo de traersus una cesta de brebas como *cualquiera probetuchó*? En algo nos hemos de distinguir las clases.

Periquillo no pudo menos de agradecer aquel regalo y se deshizo en cumplimientos lo mismo que su mujer.

—Señores, que aprovechen y muchos años para romperlas con salud, dijo el alcalde despidiéndose lleno de satisfacción.

El secretario y la secretaria despidieron á la generosa autoridad deshaciéndose en protestas de agradecimiento y le acompañaron hasta la puerta dándole muchos recados para su mujer y besos á los niños mientras el lucero rebuznaba á tono brillante para darle también su despedida.

Cuando Perico y Maruja se quedaron

solos, se miraron el uno al otro.

—¿Pero esto qué es? ¿qué demontre de arrechuro le habrá dado al alcalde para venimos con este estrámbótico regalo?

—Y el caso es, dijo Maruja, que no tienes más remedio que ponértelas porque ¿qué diría el hombre si te viese sin ellas? lo tomaría á desprecio y sabes que es muy quisquilloso.

—Y ¿cómo me voy á poner yo esas dos fincas en los pies y llevar los pantalones con estas culeras? dijo volviendo humildemente el cuerpo para enseñar dos remiendos colocados por su mujer donde no puede decirse.

—¿Te parece que esto está decente?



—Hombre ya te dije que tenías que hacerte otro pantalon.

—Si, pero quedamos en no comprar la tela hasta que no pagásemos la ropa del año pasado: pues eso de emperregilarse á costa del prógimo no parece muy justo.

—Pues á mí me parece que esos son escrúpulos, exclamó Maruja.

Cualquiera que en aquel momento, por medio de unos lentes espirituales hubiese escudriñado detenidamente los rincones de la habitación en que se hallaban Periquillo y su mujer, hubiese podido observar una especie de animalucho de forma repulsiva, que sonreía enseñando unos dientes muy grandes á tiempo que hacia

funcionar un pulverizador para saturar la atmósfera con un líquido preparado mediante la disolución de unos globulillos blancos.

Era el diablo de las fichas: el homeópata de cabecera que comenzaba su tratamiento intoxicante haciendo respirar á los esposos Sineldoque las primeras dosis de una suavísima toma infernal: cuatro globulillos de respeto humano y dos de vanidad femenil, disueltos en doscientas cucharadas de tontería.

Los esposos discutieron un rato mientras se tragaban la primera dosis, y al fin venció Maruja.

Periquillo Sineldoque se presentó á los pocos días en la casa de la villa con las zapatillas nuevas y con unos pantalones de paño de Tarrasa que valían un Potosí.

Un murmullo de admiración corrió como chispa eléctrica por la boca de todos los concejales. El alcalde se pavoneó en su sillón de barbero.

—¡Periquillo!, dijeron todos, llevas un caudal en cada pié.

—Regalo del alcalde, señores.

—Hermoso pantalon, dijeron otros.

—Pero hombre, exclamó un tercero, le pareces á la sirena del mar: presentas medio cuerpo de cada clase.

La risa fué general.

Y había para reir. La chaqueta de Periquillo, hermana gemela de los antiguos pantalones de culera, destacaba sus remiendos sobre el hermoso negro del nuevo pantalon de un modo harto saliente.

Periquillo se fué á su casa y entró en nuevas conferencias con su mujer.

Los pantalones de Tarrasa pedían á gritos una americana nueva, pero la cuenta del sastre estaba sin pagar; el sastre tenía hijos y no era justo.....

El homeópata de cabecera echó otros glóbulillos en el vaso de María que en aquel momento se sentaba á la mesa y cuando acabó la comida habían acabado también ciertos escrúpulos que de comun acuerdo se llamaron exageraciones.

Al domingo siguiente Periquillo se presentó en misa mayor con trage completo digno de las zapatillas del alcalde.

A la salida de misa, los amigos entraron en su casa acompañados del autor del re-

galo y el agradecido secretario se apresuró á obsequiarles con unas copas y unos pastelillos servidos en el modesto vidriado que Maruja heredó de su abuela y que, á juzgar por el color del barniz, parecía padecer de herpes.

—Esto no está decente, dijo Pedro al oído de Maruja.

—Pues hijo, no tenemos otra cosa, dijo ésta por lo bajo y colorada como un pimiento.

—¡Señores, qué comer haya aunque sea en un tiestol, exclamó el alcalde que era muy bruto, y nunca abría la boca sin echarlo á perder.

—¡No señor! ¡no faltaba más! dijo Maruja muy encendida, ha sido un descuido de la muchacha y voy enseguida á....

Y por la puerta del corral voló como una flecha á casa de una vecina por media docena de platos finos con filetes dorados para substituir á la vajilla herpética y salir del apuro.

Momentos despues estaba puesta la mesa y sus blancos manteles contrastaban con las negras paredes del cuarto decoradas por el humo de la chimenea.

Al sentarse el alcalde á la mesa ocurrió una peripecia gravísima. El jefe del municipio pesaba ocho arrobas y eligió una silla carcomida que no pesaba ocho adarques; sentarse aquella humanidad gubernamental y venirse al suelo como la estatua de Nabucodonosor arrastrando consigo la mesa que era coja, todo fué obra de un instante. Platos, botellas, copas, todo rodó por el suelo haciéndose añicos y dejando más frios que la nieve á Periquillo y á su pobre mujer.

—¿Se ha hecho usted daño, señor alcalde? se apresuraron á preguntar con solicitud.

—Me habeis reventado, *rebarajo*, dijo el alcalde soltando una de sus frases *más cultas* con toda la finura que le caracterizaba mientras se ponía á cuatro pies para levantarse.

—Esto no puede seguir así, dijo Maria á su marido cuando se marcharon los convidados: nuestra casa es un corral: no tenemos un mueble que valga dos ochavos: estoy sofocada; ¡pobre alcalde!

—Pero, hija, ¿qué quieres que yo haga con tres mil reales de sueldo y con mujer y cuatro hijos que mantener?

—Pero, Perico, la pobreza no está reñida con la decencia.

En aquel momento, el homeópata infernal preparó una nueva dosis de vanidad y respeto humano y soplando con fuerza la hizo llegar á la nariz de los esposos.

—Pero, y el sastre? y el tendero?

—¡Que esperen! hombre, ¡que esperen!

contestó Maruja con marcado mal humor.

Y el sastre y el tendero tuvieron que esperar porque Periquillo Sinecdoque, apremiado por la *necesidad* se había visto obligado á invertir en un mobiliario nuevo para su casa, los cuartejos que iba reuniendo para pagarles.

A los pocos dias, la casa del secretario de Villaseca estaba adornada con un ajuar completo, nuevo y flamante. Sillas, espejo, cómodas, mesitas de noche, y además, un sofá y dos butacas porque... ¿cómo prescindir de una cosa que la usa *todo el mundo?*

Periquillo suspiraba al ver aquello y sudaba la gota gorda pensando cómo iba á desenredarse de la culebra que se le enroscaba entre los pies, pero... ¿qué dirían?

Era preciso seguir adelante.

Y Periquillo siguió adelante.

III

Han pasado veinte años.

Cualquiera que al entrar en Villaseca, pregunte por el Secretario del Ayuntamiento, oirá que le dicen: «Mire usted, allí vive»; y que le señalan un edificio lindísimo, unido á un precioso jardín.

En efecto, de concesión en concesión y de *progreso* en *progreso* la casa y la conciencia de Periquillo Sinecdoque cambiaron tanto en el poco tiempo transcurrido, que llegaron á quedar completamente desfiguradas.

Para penetrar en la nueva morada del opulento yerno del albeitar ya no bastaba, como antes, meterse de rondon en la entrada diciendo: «Ave María Purísima», sino que era menester llamar de un elegante tirador, para que sonara una campanilla y acudiese una criada á abrir una gran verja.

En vano era decir entonces la *paz sea en esta casa*, pues nadie contestaba, porque en aquella casa no había paz.

Ni siquiera rebuznaba el célebre Lucero para saludar al recién llegado, y eso que ahora es cuando más falta hacía su rebuzno para despertar al Secretario de Villaseca del sueño que dormía hacía muchos años.

Para ver á éste había que penetrar en una de sus habitaciones interiores con vistas al jardín donde trabajaba envuelto en un gabán de abrigo y rodeado de montones de papeluchos. La política había cambiado. El alcalde de las zapatillas había caído y D. Pedro se había encargado de dirigir el pueblo.

Seguía siendo el secretario, pero en realidad era el cacique. Él hacía las elecciones: él *desahacía* los presupuestos: él amañaba las quintas, él lo dominaba to-

do, porque el diputado á quien él apoyaba, lo apoyaba á él; y de este modo habían formado uno de esos equilibrios políticos, cuyo centro gravita siempre sobre las espaldas del que paga y calla.

Las gentes del pueblo estaban indignadas. ¿Por qué consentirá Dios estas cosas? decían.

Más si Dios consiente, no es para siempre.

D. Pedro, en cuya cara surcada de arrugas y adornada de canas se veía retratada la tristeza, empezó á decaer visiblemente.

Un día amaneció con una fiebre muy alta: su mujer llamó en seguida al médico y el médico declaró que tenía una pulmonía y que había que prepararlo. Toda la casa se puso en *conmoción*: los lloros y gimoteos que habían comenzado en los rincones resonaron en la habitación del enfermo.

Este abrió los ojos, comprendió lo que ocurría y quedó aterrado.

—¿Será posible, Dios mio! Pero, ¿á dónde voy? ¿Qué va á ser de mí?

Entonces echó una ojeada sobre su conciencia y le pareció que se asomaba á un abismo.

Injusticias, infamias, latrocinios, y hasta delitos de sangre cometidos, sino directamente, á lo menos á la sombra de su protección y su influencia política, formaban como una cadena que le ahogaba y parecía imposibilitarle su salvación.

Pero, ¿dónde estaba el extremo de aquella cadena?

Un ojo experto, acostumbrado á ver en la obscuridad, hubiese podido descubrir allá en cierto rincón á un bicho misterioso que llevaba en la mano un par de zapatillas á las que iba pegado un pantalón de paño de Tarrasa y á éste, unida, una levita que venía luego enlazada con una vagilla, y unos muebles, y unas ropas, y unos sombreros cada vez más elegantes, y despues, con un carruaje y una casa, y un jardín, y fincas y más fincas, y papeles y más papeles, y entre aquellos papeles un hombre agobiado que gemía bajo el peso de unos fantasmas que le oprimían el corazón reclamando á gritos, los unos, sus hijos perdidos; los otros, su hacienda arruinada; otros, su paz y bien estar destruido.

—¡María!—gritó el enfermo,—¡ven! ¡ven! que me ahogo; yo quiero romper esta cadena.

—Pero, ¿qué cadena es esa, hombre? decía su mujer aturdida creyendo que deliraba.

—Esta cadena que me ahoga.

—No la veo.

—Pues yo sí, dijo la serena voz de un viejecillo que entró en aquel momento en la habitación.

—¡Señor Cural exclamaron ambos esposos: Dios le envía.

El cura del pueblo penetró en la alcoba del enfermo, cerró la puerta y quedó solo con éste.

Una hora después salía de ella, con la sonrisa en los labios.

—Llaman ustedes al notario, dijo: que ya hemos cortado la cadena y salvado a este alma de las garras de Satanás.

Y así era en efecto; porque al terminar aquel mismo día, Periquillo Sinecdoque, después de haber hecho testamento mandando restituir cuanto había usurpado y después de recibir los últimos Sacramentos con el alma llena de fervor, moría tranquilamente en los brazos del Señor bendiciendo su misericordia y bañado el rostro por las lágrimas de la contrición.

* * *

—Pero, Señor, dijo el diablo presentándose de nuevo ante el trono de la Divinidad: ¿qué bienes nos vienen con esa gracia? ¿de qué me sirve á mi entonces tentar á los hombres?

—Á tí de nada; pero á ellos de mucho; porque con tus tentaciones tienen ocasión de recordar dos cosas que no debieran olvidar jamás.

—¿Cuáles?

—Primera: que mi misericordia es infinita y se extiende á todos cuantos se arrepienten de sus pecados, aunque sean tantos como las estrellas del cielo y las arenas del mar; y segundo, que ningún hombre, por justo que sea, debe mirar con indiferencia las faltas pequeñas, porque éstas son de las que principalmente se vale tu malicia para engañarles y hundirles en el abismo del mal.

ADOLFO CLAVARANA.

ACTUALIDADES

LAS REFORMAS DE 2.ª ENSEÑANZA

El que tenga hijos varones, aunque sean de talento, si no es rico que no piense darles carrera; se arruina.

Con la ley anterior las matrículas de segunda enseñanza costaban 70 duros; hoy costarán más del duplo.

Yo me acuerdo cuando las de toda una carrera literaria, apenas ascendían á algunos reales.

Verdad es que entonces eran *tiempos oscuros* y no había *amor á las letras*.

Los retrógrados frailes se contentaban con dar la ciencia gratis á sus discípulos para nutrirles la cabeza y darles sopas además para llenarles el estómago.

En cambio no sabían escribir libros de texto á cuatro duros el tomo para vaciarles el bolsillo.

Ni sabían cobrar 20 ó 30 mil reales de sueldo por firmar la nómina de catedrático y dejar la clase á cargo de un sustituto.

¡Obscurantistas!

D. Segismundo Moret ha dicho públicamente, siendo ministro de Fomento, que la ciencia oficial se había convertido en ramo de comercio.

Cuando él lo ha dicho verdad será.

Pero volvamos á la reforma.

¿Quién aconsejaría al Sr. Groizard su padre natural ó putativo que en ella prescindiese por completo de la religión?

Acaso, ¿no se trataba de instruir la juventud de una nación católica?

Pues entonces, ¿por qué obligar á nuestros hijos á estudiar gimnasia, arte de desarrollar el cuerpo, y no acordarse de la religión, ciencia de perfeccionar el alma?

La contestación podrá verla el curioso lector en la última circular pasada á las logias masónicas, encargándoles trabajen con ahinco para suprimir la religión en todos los centros de enseñanza.

* * *

LO DEL PAE CABRERA

Sobre este asunto... ustedes dispensen: no encuentro tinta bastante negra para escribir sobre él; por tanto diré muy poco.

Dice el art. 11 de la Constitución, que la religión del Estado es la católica, pero que á nadie se molestará por sus opiniones religiosas.

Mas, hecha la ley hecha la trampa.

Los liberales para esto de hacer trampas se pintan solos.

Dicen ellos:

Puesto que á nadie se molestará por sus opiniones religiosas, si los protestantes quieren levantar un templo, no les molestemos.

Si quieren consagrar un Obispo, no les molestemos.

Si quieren hacer propaganda, no les molestemos.

Pero, hombre, contestamos nosotros, eso no son opiniones; esos son *obras*; y con tales obras, realizadas al amparo de la excepción, se echa abajo la regla general. Si la religión del Estado es la católica, y por no molestar á los que tienen otras creencias se deja que ellos nos molesten á nosotros combatiendo las nuestras, entonces, ¿para qué sirve la parte principal del artículo?

Contestación de los liberales: para lo que sirve el tocino en la ratonera.

Pero yo recuerdo que los ratones conservadores, para suscribir ese artículo, no necesitaron ese engaño; tenían bastante con el olorillo del presupuesto.

* * *

TERCER PUNTO.

Ya verán mis lectores en el número anterior que el anarquista Salvador se convirtió al leer las obras de Balmes, y se confesó y pidió el hábito de Santo Domingo, etc., etc.

Esto á ciertas gentes no le cayó en saco roto.

La conversión de Salvador, más que un hecho era un argumento.

Porque quería decir, que si Salvador hubiera conocido antes la doctrina católica no hubiese sido anarquista; lo cual revela que el catolicismo es el verdadero antídoto del anarquismo.

Este palo de á arroba y media, descargado sobre las espaldas de la revolución, hizo que ésta se llevara la mano á la parte dolorida y tratase de desvirtuar el hecho.

¿Cómo?

Ahora lo verán ustedes.

Una de las autoridades de Barcelona no echó de ver, hasta que Salvador se convirtió, que éste dormía en buena cama y era objeto de ciertos cuidados exigidos por su salud á causa de estar herido en una pierna.

Mas no bien lo supo, su celo no tuvo límites; y á media noche, sin más dilación, ordenó que Salvador fuese sacado de la cama y trasladado á un calabozo para dormir sobre un felpudo.

Al recibir la orden, Salvador, se resignó; pero al moverse y sentir los dolores de la herida, se indignó y mostró su indignación con palabras enérgicas.

¡Nunca tal hiciera! El fariseísmo se lleva las manos á la cabeza y desgarrando sus vestiduras exclama: ¡Blasfemaste!

Y, puesto que blasfemaste, has perdido la resignación.

Y, puesto que has perdido la resignación, no eres buen cristiano.

Y, puesto que no eres buen cristiano, tu conversión no es sincera.

Y, puesto que tu conversión no es sincera, has representado una comedia y todo ha sido una farsa jesuitica.

Coro general de periódicos liberales: «Resumen», «Liberal», «Imparcial», «País», «Justicia», «Época», «Correspondencia de España», etc.

¡Farsa! ¡Farsa! ¡Farsa! ¡Negocio! ¡Modus vivendi! ¡Cosas de Jesuitas!

Al día siguiente quiso Dios que los periodistas católicos pudieran llegar hasta la celda de Salvador y que pudieran publicar el siguiente telegrama:

«Barcelona 1.º (8'10 mañana.)

»Desmientan terminantemente la especie propalada por los periódicos liberales con fines sectarios, acerca de la apostasia de Salvador.

»Es falso que blasfemara al obligarle á mudar de calabozo, pero se quejó de la herida de su pierna.

»Parece que hay especial empeño en mortificarle inutilmente para hacerle perder la paciencia.

»Visítanle diariamente Padres jesuitas Marrua y Pastells, y no han notado en el converso ese cambio fatal, á cuyo solo anuncio tan regocijados se muestran los periódicos liberales.

»Salvador confesó y comulgó ayer muy devotamente.—*El corresponsal.*»

Esta nueva cayó como una bomba é hizo el efecto que el Rey Zoquete al caer entre las ranas de la fábula: todas se volvieron al cieno.

Pero enmudeciendo.

En efecto; ni un solo periódico liberal rectificó desmintiendo la falsa noticia dada acerca del infeliz reo de muerte.

Ellos, tan amantes de la verdad, tan humanitarios y defensores de todos los pillos que ciñen grillete; ellos, que al tratarse de uno que haya despachurado á su padre y comídose cruda á su madre se deshacen en empalagosas sensiblerías, no solamente no tuvieron una palabra de reproche por lo de la traslación del desdichado herido, sino que ni aun siquiera la tuvieron de consuelo.

¿Cómo se explica esto?

Y a propósito.

¿Se acuerdan ustedes de Villacampa?

Se acuerdan ustedes de aquel desdichado general revolucionario que sublevó fuerzas del ejército, atentó contra las instituciones, derramó sangre inocente y dió golpe tan rudo contra la ordenanza militar que ésta no tuvo más remedio que condenarle á muerte?

¿Y recuerdan ustedes de lo que aconteció?

Pues que no solo Villacampa fué indultado y conmutada su pena por la de destierro, sino que, habiendo alegado el reo que padecía de reumas, el gobierno mandó uno de nuestros mejores barcos de guerra para que desde Fernando Pó lo tragera á Canarias á disfrutar clima mas benigno.

Benignidad que costó á la nación española más de veinte mil duros.

Y ahora discurremos.

Si Villacampa, en vez de mostrarse revolucionario impenitente como se mostró hasta en el momento de recibir el indulto, se hubiese arrepentido de sus errores y sus crímenes como Salvador y se hubiese confesado, ¿qué hubiera sucedido?

Que tres días despues le hubieran curado de un golpe todos los reumas metiéndole ocho balas en el cuerpo.

¿Por qué?

Porque no hubiera tenido en su favor á los adoradores del Gran Arquitecto que, dueños hoy de España, campan por su respeto haciendo mangas y capirotos de nuestras creencias, de nuestras leyes, de nuestra honra y de nuestro pan.

ADOLFO CLAVARANA.

SENSIBLE PÉRDIDA

Lo es el fallecimiento de nuestro queridísimo amigo y compañero D. Leon Abadías de Santolaria, infatigable escritor y propagandista católico, autor de las conocidísimas Hojitas Cordobesas, y otros trabajos de propaganda religiosa popular. Adornaban al señor Abadías, aparte de su talento, hermosas virtudes cristianas que hoy serán su corona; pues además de vivir cristianamente, el señor Abadías ha muerto como vivió; firme en su fe, en su esperanza y en su caridad.

Damos el pésame á su familia, al par que suplicamos encarecidamente á nuestros lectores rueguen á Dios por el eterno descanso de su alma.

PENSAMIENTO

Dichose tú, que alcanzas la victoria Y el honor de morir; Que en estos tiempos de horrorosa historia Da vergüenza vivir.

Aparisi.

CONSEJO DE UN PROTESTANTE

(HISTÓRICO)

Referen de un amigo de Lutero, Que su madre llorosa y afligida En las últimas horas de la vida Le llamó y dijo así: Hijo, yo muero;

Mas antes de mi muerte saber quiero, Si es más seguro terminar la vida, Muriendo protestante, ó convertida De la Iglesia al católico sendero.

Melanthon, aunque siempre fué embustero, Esta vez contestó la verdad pura: En la Reforma, respondió sincero, Se vive, madre, con mayor soltura; Mas para morir bien... ¡pese á Lutero! La católica Iglesia es la segura.

Fl. Ambrosio de Valencia, Capuchino.

ANÉCDOTAS



Un estudiante apurado escribe á su padre la siguiente carta:

Querido padre: Dinero, dinero, dinero, dinero.

Contestacion del padre á vuelta de correo:

Querido hijo: No quiero, no quiero, no quiero, no quiero.

En la prevencion:

El Inspector.—¿Por qué está usted aquí?

El detenido.—Por espiritista.

El inspector.—¿Se comunica usted con los espíritus?

El detenido.—Si, señor: con el espíritu de vino.

FRAGMENTOS

GRANDES Y PEQUEÑOS

Por regla general los altos montes que parecen desafiar el cielo, en su region superior son áridos mientras que esas mismas montañas forman en su pie valles deliciosos donde parece reinar una eterna primavera. Lo propio sucede con los grandes y poderosos del siglo: levantan su cabeza como disputando á Dios su autoridad y sus leyes, al paso que los humildes desconfiando de si lo esperan todo de Dios: la humildad produce la paz y la paz es el descanso del alma en Dios; es la dicha, la felicidad en la tierra. Por esto Dios que nos ama más de lo que podemos hacerle nosotros nos dice: Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los pacíficos porque serán llamados hijos de Dios; hijos de Dios porque se hacen semejantes á Dios que es Dios de paz.

Oh, todos vosotros á quienes la Providencia ha sometido á trabajos penosos, venid y aprended de José la resignacion; los odios y los vicios no os darán paz pero si os darán la humildad que todo lo dirige para nuestro bien y sin cuya voluntad no se mueve una hoja de los árboles y cuyas leyes hacen la sociedad más grande y perfecta que los cálculos y revoluciones de los hombres. En el instrumento que manejaís, no vereis la degradacion ó postracion sino el honor; el instrumento de vuestros méritos, el instrumento que ha de labrar vuestra felicidad y os ha de merecer el cielo.

NUESTROS MALES

Es necesario cerrar los ojos para no ver los males de la época presente. Hoy todo el mundo quiere sobreponerse, brillar; no se quiere el trabajo que Dios impuso al hombre; el rico quiere serlo más y el pobre fijando sus ojos envidiosos sobre aquél, espera como lobo furioso la hora de arrojarle sobre el que mira como presa; Dios es olvidado, desconocido ó maltratado; aquel recuerdo de Dios y aquellas prácticas cristianas á la par que tan bellas y necesarias para el bienestar social, acaban de desaparecer y aunque apena el ánimo decirlo acaban de desaparecer en el seno de familias cristianas, en la conversacion de personas cristianas y aún de aquellas que protestan de serlo de veras y no de solo nombre pero que para no hacer el ridículo en la sociedad moderna dejan algunas generaciones ó prácticas inútiles que formaban el deleite de nuestros padres.

Enrique Floure, Marista.

CUENTOS, ARTÍCULOS Y DIALOGOS

originales de

D. ADOLFO CLAVARANA

Acaba de salir á luz el tomo 4.º preciosamente ilustrado por D. ANTONIO UTRILLO.

Precio una peseta.—Los pedidos á la administracion de LA LECTURA POPULAR acompañados de su importe y del certificado si se desea.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc, ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Table with 2 columns: Subscription type and price. Includes 'Una accion' (4 pesetas mensuales), 'media id.' (2), 'Un cuarto id.' (1), and 'Un octavo id.' (0.50).

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la peninsula.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Gardia administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de La Semana Católica, Boisa 10. y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.